

BIBLIOGRAFIA

JOSEPH LORTZ.—*Die Reformation in Deutschland*. (La Reforma en Alemania.) 2 Bände, zweite Auflage. Herder, Freiburg im Breisgau, 1941. I. Band, 437 S. mit fünf Bildtafeln. II. Band, 332 mit sechs Bildtafeln.

Empecemos por advertir que el Dr. José Lortz, ya conocido por otras obras de Historia Eclesiástica, como su profunda interpretación del pasado cristiano "Geschichte der Kirche in ideengeschichtlicher Betrachtung", es un sacerdote católico alemán, profesor de la Universidad de Münster, que a su especialidad de historiador agrega sólida formación teológica, y en quien el amor ardiente a su patria germánica está hermanado con una devoción firme y honda a la Iglesia de Cristo, que es la Católica, Romana.

Y este sabio historiador, impulsado subconscientemente—pese a sus afirmaciones en contrario—por su corazón de alemán y de cristiano, se acerca a interpretar los orígenes del problema religioso de su patria. En su amor a la más serena objetividad histórica, refrenará en la investigación sus propios sentimientos y se pondrá a la tarea con el frío método del erudito y del filósofo. Cuando hablo de erudición, nadie se imagine un libro atiborrado de notas y de citas. El que ahora nos ocupa es todo lo contrario. Supone, eso sí, una lectura inmensa, un conocimiento directo de los infinitos problemas que se cruzan y de la más importante bibliografía, pero ni una cita se verá en sus páginas, ni una nota con el documento o la prueba. Sus afirmaciones son categóricas, y, en general, son de maestro. Tan sólo a los maestros autorizados se les puede permitir este método, tan peligroso en un *dilettante*.

Lo que inexactamente se ha llamado la "Reforma" en Alemania, o sea, la revolución religiosa de Lutero, es el objeto histórico de estos dos sólidos y bien contruidos volúmenes.

Lortz contempla ese transcendental acontecimiento—y así debe mirarlo todo alemán que suspire por una patria unida y grande—como una fatal tragedia, porque allí radica la escisión interna de los alemanes, el punto flaco del Reich.

Por eso Lortz se acerca a ese trágico acontecimiento con sagrado temblor, con dolor en el corazón, como quien va a observar la profunda herida sangrante en el cuerpo de su madre. Y por lo mismo se acerca con amor y con extremada delicadeza, no sea que al levantar la venda de la herida, ésta se irrite y se encoce. Tal actitud explica perfectamente lo que después observaremos.

Los católicos empezaron a estudiar concienzudamente la Reforma protestante con los meritorios trabajos de I. Doellinger y de J. Janssen, maestro este último de L. Pastor. Abriendo nuevos caminos a la investigación vino el rudo y violentísimo ataque del tirolés H. Denifle contra la personalidad moral y la originalidad doctrinal de Lutero, obra tan científica como apasionada. Sigúole el temperamento perfectamente equilibrado y psicológico del renano H. Grisar, haciendo brotar del alma de Lutero, atormentada por depresiones angustiosas hereditarias, todo su sistema religioso.

El Dr. Lortz nos presenta ahora un trabajo menos analítico que los precedentes, pero que aspira a mayor densidad y fuerza de síntesis, a más honda comprensión del vasto problema luterano. Se sitúa en un punto de mira algo diferente. "La cuestión está—dice—no en mostrar cómo se desarrolló la personalidad de Lutero, sino en cómo ese hombre arrastró a gran parte de los pueblos de Occidente" (I, 6). Quien desee comprender las causas de la revolución protestante en Alemania y de su rápida propagación, en ninguna parte las hallará expuestas de un modo tan vigoroso y profundo. Respecto de los anteriores historiadores católicos, significa Lortz un paso adelante en la mitigación del juicio sobre Lutero. No es que deje de considerar a este personaje como funestísimo para el Imperio, para la unidad cristiana y para la civilización moderna, pero en su empeño constante de proceder *sine ira et studio*, se inclina hacia la benevolencia al apreciar todos los valores humanos y religiosos que en aquél encuentra. Es, en este sentido, el polo opuesto de Denifle. Si el formidable dominico significa la extrema derecha, el catedrático de Münster, saturado de auténtico humanismo y alemán que vive hondamente los momentos actuales, diríase la izquierda, dentro del campo estrictamente ortodoxo. Quiere que nadie descubra en él rastro de prejuicios, sombra de partidismos. Pero la objetividad plena, ¿es posible? Y la imparcialidad ¿no es siempre *parcial* en el doble sentido del vocablo? Piensa Lortz que la historia de la Reforma, por el confesionalismo de ambas partes, ha sido infructuosa; que hay que dejar a un lado simpatías o antipatías para acercarse al hecho y comprenderlo. Ese acercamiento desapasionado puede parecer a no pocos españoles—los españoles llevamos en la sangre el espíritu de la Contrarreforma—tal vez excesiva condescendencia; pero el autor escribe para alemanes, hermanos suyos, que además del problema religioso sienten latir en el fondo de esta historia el más angustioso y desgarrador de los problemas nacionales. ¡Y si fuera posible resolverlo!

"Hemos visto en este segundo tomo—así escribe en la Conclusión—cómo la Iglesia, desde fines del siglo XV y en la primera mitad del XVI, por sus propios medios, aspiraba a una creación nueva. A pesar de todo, y en resumidas cuentas, la Historia Eclesiástica de ese tiempo ofrece al católico un espectáculo poco alentador: la separación que le produce es deprimente. En la vida de su Iglesia contempla cosas que él, conforme a los principios de esa misma Iglesia, debe condenar con dolor; por el contrario, en el campo de combate de los que se apartaron de la antigua Iglesia ve no pocas cosas de gran valor (*nicht wenig Wertvolles*), y sobre todo muchos éxitos que referir. Yo he intentado en este libro cumplir con esta doble tarea, conforme a la amonestación de León XIII: no decir más que la verdad, aun cuando sea molesta a la Iglesia y al Papado." (II, 294.)

Por nuestra parte sólo advertiremos que es muy difícil al historiador decir toda la verdad, aspiración que ni el mismo Lortz la ha conseguido, pues al hacer la *necesaria selección de verdades*, labor imprescindible que abre la puerta al juicio preconcebido y al subjetivismo apasionado, bien podía haberse detenido más en ciertos hechos que sólo toca muy de

pasada, y añadir otros nuevos que acaso restasen valor a no pocos de los por él apreciados.

De todos modos esta magnífica obra del Dr. Lortz viene a resultar altamente apologética de la Iglesia, porque con inusitada serenidad y brillantez llega a la conclusión de que Lutero no realizó sus propósitos de reformar las costumbres, purificar la doctrina y libertar la religión de la política. En estos tres objetivos fracasó rotundamente, pues lo que hizo fué abrir las compuertas de la inmoralidad, corromper la doctrina, al romper la unidad de fe, y entregar la religión, atada de pies y manos, al episcopado laico de los príncipes. Y las que se dijeron Iglesias reformadas no pudieron comparar sus frutos espirituales ni sus éxitos con los de la Iglesia Romana, tan maldecida y declarada muerta por Lutero. Santidad de fe, santidad de oración, santidad de amor, santidad de sacrificio, son valores inmortales, que como dice muy bien el Dr. Lortz, la Iglesia Católica derrochó, superando todas las escisiones, en el siglo que va de 1550 a 1650.

El luterano que lea esta historia no podrá acusar de partidismo e incomprensión a su autor, y al ver corregidas en estas páginas las falsas y contrahechas ideas de Lutero sobre la Iglesia de su tiempo, se verá forzado, si busca sinceramente la verdad, a revisar su propio concepto del catolicismo.

Puestos a dar alguna noticia más detallada del libro, anotaremos que al indagar los orígenes de la Reforma protestante, encuentra sus causas primeras en la disolución de los principios básicos y de las instituciones fundamentales que sostuvieron la Edad Media, y primeramente en el resquebrajamiento de la Unidad Medieval, de la "Una civitas christiana", cuyas primeras grietas se notan en el afrancesamiento papal de Avignón, en el Cisma de Occidente, en la fuerza centrífuga del Conciliarismo, en el actuar de los Papas renacentistas como príncipes italianos, en el nacionalismo eclesiástico que brota en todos los países.

En repetidas ocasiones vuelve Lortz sobre la pérdida de la unidad, cuya razón es el subjetivismo religioso, declarando que Lutero es el principal promotor de ese subjetivismo y consiguientemente de la escisión moral y espiritual del Cristianismo, de Europa, y en particular del pueblo alemán.

La Revolución luterana fué la negación de la Iglesia visible, anclada en el objetivismo de su enseñanza y en el sacramentalismo de su sacerdocio. Por eso los principios medievales del Objetivismo, del Tradicionalismo y del Clericalismo son reemplazados por las nuevas actitudes del Subjetivismo, del Espiritualismo exagerado y del Laicismo. El proceso disolvente iniciado por Felipe el Hermoso y los Fraticelos, continuado por el Nominalismo ockhamista, por el *Defensor Pacis*, por los Waldenses, Cátaros, Wiclefitas y Hussitas, llega a su término en Lutero.

Bello capítulo el que dedica Lortz a la "Vida cultural antes de la Reforma", es decir, al Humanismo alemán con su afecto nacional antirromano y su crítica antiescolástica y antieclesiástica; pero es mucho más completo y acabado el que consagra a la "Vida religiosa antes de la Reforma", las corrientes heréticas, los abusos del curialismo, el estado espiritual del alto clero y del proletariado clerical, la decadencia de las Ordenes monásticas y sus conatos de reforma, la piedad popular con sus supersticiones, la literatura y el arte cristiano, la *Devotio moderna*, el humanismo erasmiano. Bien caracterizado está el agríndice Erasmo; bien dibujada su alma indecisa, tan poco paulina, a pesar de sus entusiasmos por San Pablo; su carácter relativista, nada dogmático, amigo de la Ilustración, en cuya virtud reformadora pone todas sus esperanzas, moralista a la manera estoica, reformador de palabra, pero sin empuje constructivo.

A la verdad, el gran humanista de Rotterdam no sale muy favorecido de la pluma del Dr. Lortz. ¡Cuán diferente en todo de Lutero!

La juventud del monje de Erfurt y de Wittenberg viene delineada a grandes rasgos en un capítulo de intenso dramatismo. ¡Con qué viveza, con qué vigor y relieve acierta Lortz a esculpir ante nosotros la personalidad del Reformador! Poderosa y grande se yergue ante nuestros ojos la figura del "Doctor hyperbolicus", poderosa y grande no sólo por su significación histórica y por sus trágicos efectos, sino en sí misma, por la hondura de sus fuerzas psicológicas, por su desbordante vitalidad, rebelde a las sistematizaciones, superlativista en grado superlativo, hasta rayar en lo anormal (aunque esto no lo afirme el Dr. Lortz). Es un temperamento eruptivo, un carácter paradójico, cuyo pensamiento no fluye ordenadamente por cauces teológicos, sino que se enciende en llamara as religioso-proféticas. Lutero se crece en la lucha. No tolera adversarios frente a sí. Los desprecia soberanamente. Los adversarios nunca tienen razón. Puesto a dogmatizar, sólo él traza el recto camino. No hay más norma que su voluntad, o mejor, que su experiencia vital. Sólo Lutero proclama la *recta pietas*, que es la puramente subjetiva. Esto nos recuerda —y se presta a una interesante comparación— que Erasmo predicó la *docta pietas* o la *pietas litterata* y San Ignacio de Loyola la que podíamos llamar *pietas ecclesiastica*: son los tres nombres que sintetizan y personifican los tres grandes movimientos, mutuamente ensamblados, de Reconocimiento, Reforma y Contrarreforma.

Consiguientemente al carácter volcánico de Lutero, toda la catástrofe religiosa, política y social por él originada tiene algo de fenómeno cósmico por su grandeza y subitaneidad. Desde 1525, y sobre todo desde 1530, cesa la acción creadora de Lutero. Melancton, el moderado, pasa a ser el moderador del movimiento, encauzándolo por una vía media.

Delicada y compleja es la pregunta que se hace el autor: ¿Fue Lutero el caudillo de la nación alemana? Responde francamente que no. Hubo muchos alemanes que, participando con ardoroso entusiasmo en el despertar nacionalista, rehusaron con todo seguir a Lutero; muchos de los que en un principio le siguen, quieren, sí, las reformas morales y la enmienda de los abusos curialistas de Roma, pero en manera alguna romper con la antigua Iglesia. Lutero, por su parte, ama a sus alemanes, trabaja por sus alemanes, se regocija o se duele con sus triunfos y con sus desgracias, contribuye como pocos a la unidad de la nación con su rica lengua, especialmente con su traducción de la Biblia; interviene eficazmente en crear la conciencia nacional alemana, que desgraciadamente nace escindida en su misma raíz; pero se niega a ser el caudillo de un nacionalismo político; él quiere ser "el anunciador de la palabra", el Evangelista, el Profeta, con carácter supranacional, y hasta pensó a fines de 1518 en pasar a Francia para desarrollar allí sus actividades. Es nacionalista en su aspecto negativo, en cuanto que es antirromano, ferozmente antirromano.

La descripción que hace Lortz del estado religioso y moral de Alemania en los primeros decenios del siglo XVI es tan sombría, que a veces se nos antoja unilateral y demasiado generalizadora. Es un peligro que corren siempre los historiadores y raramente se libran de caer en él. Siempre en la vida es más llamativo el crimen y el escándalo de uno que la virtud callada, ordinaria, de los más. Lo que se rumorea. Lo que se recoge en los escritos, cartas, crónicas, etc., no suele ser el curso ordinario de la vida, sino los casos particulares, que, por muchos que sean, no bastan por lo común para una inducción completa, y los grandes historiadores son los que más peligro tienen de generalizar. Reconoce Lortz este peligro, y frente a sus propias afirmaciones pone testimonios como

el del insigne H. Finke, que negaba se hubiese dado en toda Westfalia y en la Silesia verdadera corrupción y decadencia del clero, o aduce hechos como el del sacerdote H. de Pflummer, que jamás quiso cobrar las rentas de un beneficio y durante veinticuatro años dijo la misa para los enfermos de un hospital, sin percibir estipendio. ¡Cuántos casos habría como éste, que por lo humildes, sencillos y poco resonantes la Historia no puede conocer! Repetimos que Lortz tiene cuidado de no exagerar y de examinar la medalla por el anverso y el reverso; pero queremos dejar consignada nuestra impresión. El grabado de las páginas 72-73 parece traerse como un documento realista que da idea de la devoción supersticiosa del pueblo; no creemos que tenga más valor que el de una caricatura humorística.

No se crea que Lortz, por atender a las corrientes espirituales y culturales, o a la historia particular de Alemania, descuide la historia política de Europa en aquellos momentos cruciales. Conoce perfectamente los hilos de la complicada política europea, y gracias a ese vasto y profundo conocimiento puede trazar magistralmente la historia de Carlos V, a cuyo alrededor giran todos.

Lo que sin duda ignora es la conferencia de R. Menéndez Pidal sobre la "Idea imperial de Carlos V"; de conocerla, creemos que se hubiera visto obligado a modificar su opinión sobre el imperialismo, en la que sigue literalmente a K. Brandt y a P. Rassow. Contrariamente al parecer de estos autores, ha demostrado Menéndez Pidal que nuestro Emperador se desprendió pronto de la idea imperialista de su Canciller Gattinara, cuyo ideal era *adquirir* más y más territorios, aspirando a la *Monarquía universal*. Carlos V, inspirado por consejeros españoles, concibió un Imperio menos dantesco y más a la española, no aspirando a la Monarquía universal, sino a *conservar* los territorios que Dios le otorgó, procurando la paz y armonía de los Príncipes católicos y dirigiendo sus esfuerzos contra los infieles. "El pensó de su Imperio por sí mismo muy pronto, sin esperar el dictado de nadie, con sentimientos heredados de Isabel la Católica, madurados en Worms, en presencia de Lutero, y declarados públicamente con la colaboración de varios escritores españoles: Mota, Valdés, Guevara. Carlos se ha hispanizado ya y quiere hispanizar a Europa" (M. P.) El corazón de ese Imperio carolino no ha de ser Alemania, sino España, porque, como dirá el mismo César por boca del Doctor Mota en las Cortes de La Coruña, "este reino es el fundamento, el amparo y la fuerza de todos los otros, y por eso ha determinado "vivir y morir en este reino, en la cual determinación está y estará mientras viviere. El huerto de sus placeres, la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro, su espada, ha de ser España."

Lortz, por su parte, escribe: "Se engaña quien hace de Carlos V un español" (I, 269). A nuestro pobre juicio, es Lortz el que se engaña, queriendo hacer de Carlos V un típico alemán (II, 292), si no por la sangre, al menos por el carácter y la ideología. Como Carlos V había nacido en febrero de 1500, pensamos que una errata se ha deslizado en esta frase: "Cuando el Emperador realizó su abdicación, el 25 de octubre de 1555, tenía 57 años de edad" (II, 289). Lortz no disminua su simpatía y entusiasmo por el Emperador. En la semblanza que de él traza, nos le pinta como el más alto, moralmente, de todos los Príncipes de Europa, católico de fe profunda, humilde ante Dios, consciente de su papel de defensor de la Iglesia, y aduce el testimonio de Baltasar Castiglione: "Es el mejor cristiano que yo conozco entre eclesiásticos y seglares". Carlos V sale bien parado del difícilísimo problema luterano. Si no acabó con la hidra protestante, la culpa fué de otros. En su lucha tenaz contra la Revolución religiosa queda espléndidamente defendido y justificado, si bien no dejan

de señalarse sus debilidades en el *Interim*. ¡Y cómo resplandecen, al lado de su fe profunda y de su celo católico, sus cualidades políticas, a veces geniales! Aprobamos gustosos esta tendencia justificativa de la conducta de nuestro Emperador en las luchas antiluteranas. Pero ¿no se trata con excesivo rigor y dureza, sin mitigaciones de ninguna clase, a los Papas, a Clemente VII primeramente y después a Paulo III, como adversarios de la causa imperial, que era la causa del Catolicismo? Reaccionando quizás contra la tendencia benévola de L. Pastor, acentúa Lortz cualquier actitud de aquellos Papas que tenga apariencias de preferir lo político a lo religioso. "Si el Papa se hubiera puesto claramente de parte del católico Emperador, no en 1545, sino muchos años antes, como era su deber, en contra de Francisco I, amigo de los Turcos y de los protestantes, mucho más claros se hubieran presentado los frentes" (II, 263). "Carlos V prestó, a no dudarlo, grandes servicios en pro de la restauración de la unidad cristiana. Paulo III, como si al lado del César tan sólo hubieran peleado Fernando de Austria y Mauricio de Sajonia.

Extrañeza nos causa que cuando, a renglón seguido, trata de la decisiva victoria de Mühlsberg, en la que hasta la caballería húngara iba gritando "¡España! ¡España!", y en la que tomó parte tan decisiva el gran Duque de Alba con sus arcabuceros españoles, no se mencione para nada a ningún español, como si al lado del César tan sólo hubieran peleado Fernando de Austria y Mauricio de Sajonia.

No faltaron quienes en la primera edición de esta obra criticaron una tesis muy personal y favorita del Dr. Lortz, a saber, que al aparecer Lutero reinaba en el campo de la teología católica, dentro de Alemania, escasa claridad de ideas, tesis que, de ser cierta, explicaría muchas actitudes vacilantes de aquel tiempo. Reconoce Lortz que la Teología Escolástica florecía en Italia (con Cayetano) y en España, pero en Alemania—insiste—reinaba gran imprecisión entre los mismos teólogos, v. gr., en la cuestión de las Indulgencias, de la potestad del Romano Pontífice, de la naturaleza de la gracia, etc.

A nosotros nos parece que hay un fondo de verdad, pero que hay que guardarse de no generalizar demasiado. Nadie duda que con el Concilio de Trento se abre una época de claridad y esplendor para la Teología, y que en los tiempos que le preceden se disputa de muchas cuestiones, que después del Concilio son incontrovertibles. Es verdad que el Ockhamismo, dominante en casi todas las Universidades, encerraba conceptos poco seguros y gérmenes de teorías heterodoxas, conceptos y teorías que la Iglesia no había condenado aún, y que, por lo tanto, podían extraviar o dejar perplejos a ciertos teólogos católicos. Pero también es cierto que aun en los tiempos más oscuros y caliginosos, como los del Cisma de Occidente y subsiguiente conciliarismo, vemos que en los momentos en que la pasión partidista se calma, el sentido genuinamente cristiano deja oír su voz de un modo completamente tradicional, ortodoxo y seguro, lo cual quiere decir que no era tan difícil orientarse en medio de la neblina circundante. Y respecto de la Alemania de fines del siglo XV y comienzos del XVI, no se puede aseverar rotundamente que el Ockhamismo y la imprecisión teológica fuesen generales. Había teólogos tan doctos, claros y seguros como Conrado Koellin, O. P.; Universidades tan tomistas como la de Colonia, que jamás claudicó ante el Nominalismo, y en parte las de Heidelberg y Friburgo de Brisgovia, donde se enseñaba la Suma de Santo Tomás. Y la Orden de Predicadores, que tantas cátedras de Teología regentaba, ¿nada influía con su tomismo puro en el ambiente teológico alemán? Digamos, sin embargo, en pro de la tesis de Lortz, que el to-

mismo no tenía entonces la autoridad de que hoy goza; era una Escuela más, al lado de la Escotista. Nominalista, Agustiniista, etc., y se comprende que, donde no intervenía una decisión eclesiástica ineludible, hubiese muchos que vacilasen, máxime si no habían estudiado seria y profundamente la Teología, como no la había estudiado, por ejemplo, Erasmo.

A pesar del subido placer y aun entusiasmo que nos produce la lectura de esta obra tan sólidamente cimentada, tan rica de ideas, tan fuertemente pensada y sentida, tropezamos acá y acullá con alguna frase chocante, nacida sin duda de la pretendida imparcialidad que arriba indicábamos, o de cierta condescendencia con el público protestante al cual se dirige. Así, por ejemplo, al paso que calla o toca muy someramente los aspectos más deshonorosos del "Reformador", hace resaltar algunas de sus cualidades simpáticas, como su honda vivencia religiosa. Ni se diga que expresamente trata del "Grobianismus" de Lutero, porque todo lo que allí se refiere, con ser bastante, no refleja toda la grosería, procacidad e indecencia del lenguaje luterano.

Y en cuanto a su cacareada religiosidad, no creo que haya que ponderarla tanto, como si se tratara de una religiosidad pura y auténtica. La de Lutero radica principalmente en la sangre, en el instinto, en la psicosis tal vez, más que en la conciencia serena y clara; procede de lo infrarracional más que de las cumbres luminosas del alma, del temperamento más que de una fe sincera y humilde y de una convicción ponderada; religiosidad que puede darse aún en los ateos, y que, si bien es capaz de disponer el alma para los vuelos más altos de la vida sobrenatural y aun de la mística, también puede llevar lógicamente, como en no pocos discípulos de Lutero, hasta el adogmaticismo y la negación de toda religión positiva. Por eso juzgo inexactas o necesitadas de explicación frases como la de "el gran poder de oración" ("die grosse Kraft des Betens") y otras semejantes. No es equitativa la contraposición entre la superficialidad religiosa del humanista y diplomático Alejandro, representante de Roma, y la profunda religiosidad de Lutero. ¡Pues un diplomático va a obrar como uno que se dice inspirado del Altísimo! Compárese, si se quiere, al Reformador protestante con los Reformadores católicos, con un San Ignacio, por ejemplo, que por entonces se entregaba a Dios, y no se juegue con "el humanista frente al revolucionario *homo religiosus*". Algún lector sacará la conclusión de que el misticismo (llamémosle así) puramente temperamental es la esencia de la verdadera religiosidad, y que ésta se hallaba entonces con los luteranos, no con los católicos. Claro que de ningún modo es esa la mente de Lortz, ni nosotros haríamos esta observación, que parece crítica, si no viéramos que se repite insistentemente esa nota, como en la descripción del Dr. Eck en la disputa de Leipzig: Eck, el teólogo católico, habilísimo disputador, escolástico puramente intelectualista, pero que no siente, como su adversario, el problema religioso; o como en la pintura de la muerte de Lutero, tan "tranquila... con la certeza no interrumpida de estar en las manos de Dios" (II, 257); o cuando expone sus ideas sobre el cáliz de los legos (II, 62-63).

También hay páginas triunfales y brillantes en la historia de la tragedia reformista. Los historiadores de la Reforma en Alemania, aun los católicos, suelen circunscribirse a la pseudorreforma protestante. El doctor Lortz introduce en este punto una importante innovación. Nos describe el aspecto—hábito olvidado hasta ahora—de la Reforma auténtica o Restauración religiosa obrada por el Catolicismo alemán. "Hay que acentuar intensamente y hacer que el lector se dé cuenta de que junto a los monjes fugados de sus conventos había muchísimos que se mantenían fieles y que sólo por la fuerza hubieron de ser echados de sus claustros; que junto a los eclesiásticos dispados, un notable número de párrocos y de

obispos siguieron con entera fidelidad cuidando de sus ovejas, en las solemnidades litúrgicas, en la predicación, en las obras de caridad; que junto a la literatura luterana se desarrolló otra católica, antiprotestante, cuya solidez dogmática, exegética y literaria no deja de tener importancia" (II, 84).

No se crea que todo eran novedades heréticas y revolucionarias en Alemania. Seguía, aunque inadvertida para muchos, la corriente religiosa tradicional, honda, segura de sí misma. No faltaban quienes desarrollaban una vida parroquial intensa, como Eck en Ingolstadt, ni obispos dignos y trabajadores, como el de Meissen, el de Freising, el de Basilea (Cristóbal de Uttenheim), Cristóbal de Stadion, Dietrich von Lebus y su sucesor Jorge de Blumenthal, etc. Pero es preciso convenir en que faltaba el espíritu creador, la fuerza interna renovadora, capaz de contrarrestar el frenético desbordamiento de la sectas. "No teníamos en Alemania, ni en Teología, ni en cuestión de carácter y santidad, hombres como el cardenal Fisher, obispo de Rochester, y Tomás More" (II, 105).

Acierta Lortz al decir que la nueva vida espiritual, que aparece en Italia con el Oratorio del divino Amor y con los Teatinos, tiene afinidades con la *Devotio moderna* y con el Humanismo. Y afirma, no sin fundamento, que la Reforma católica vino del Sur (Italia y España) por obra, en máxima parte, de los jesuitas.

¡Qué espléndidamente describe la acción reformadora de los Ejercicios espirituales de San Ignacio en Alemania! A la impetuosa fuerza del misticismo (!) luterano se le opone ahora, no la ciencia abstracta de controversistas escolásticos, sino la verdadera mística, la experiencia de Dios que estos hombres heroicos sacan de la oración.

"La decadencia católica en general no había sido más que un proceso de decaimiento en la oración. La Reforma católica fué un paulatino y exuberante florecer de la vida de oración. Ignacio y sus Ejercicios no sólo marcan la primera cumbre de la genialidad en este desenvolvimiento; también están bendecidos por Dios de un modo especial con el don carismático de poner a otros en movimiento y de formar escuela" (II, 142).

Esta fundamental y magnífica obra del Dr. Lortz se cierra con la Paz de Augsburgo en 1555, paz que selló el rompimiento de la unidad alemana y consumó la división política del Reich, iniciada por Lutero. Firmóse la Paz de Augsburgo sin la presencia del Papa ni de sus representantes, sin la presencia del Emperador Carlos V: señal de que una nueva época se abría en la Historia, época de secularización y de nacionalismo. Fernando, al ser coronado Emperador por la abdicación de su hermano, no recibió la unción ni la corona de manos del Papa: nueva secularización del Imperio, de aquel Imperio Sacro Romano Germánico, que había sido tan universal como la Cristiandad, y cuyo jefe central estaba constituido por el universalismo católico. La tragedia luterana, es decir, la tragedia alemana se había consumado. ¿Consumado? El nudo sigue complicado y torturador en muchos corazones, precisamente en los más patriotas y cristianos.

Hemos manifestado sinceramente y con ingenuidad nuestro parecer sobre *La Reforma en Alemania*, del Dr. J. Lortz. Sabemos que en la Alemania de hoy es leída con afán y con entusiasmo, a pesar de los tremendas preocupaciones que pesan sobre los hombres de aquel país en estos momentos de guerra total, de suerte que ya se anuncia la tercera edición.

Tal vez el lector alemán se extrañará de nuestros reparos, que para él no serán tales, sino acaso virtudes. Pero nosotros hablamos a español-

es. Español es nuestro modo de pensar y de sentir. Y ya queda indicado que todo español es en su corazón un poco—o mucho—contrarreformista militante, como un soldado de Carlos V, el Emperador, o de Felipe el Grande.

RICARDO G. VILLOSLADA

(Escrito para el "Boletín bibliográfico" del Instituto alemán de cultura. Madrid.)

JESÚS M.^a GRANERO, S. I.—*Credo. Exposición del dogma católico: I. Dios. II. Jesucristo. III. La Iglesia.*

Estos tres tomitos contienen las conferencias que, un domingo tras otro, han difundido las *radios* de Málaga y Sevilla sucesivamente. Esta circunstancia explica el carácter de las mismas, pero no justifican los temores del autor al darlas a luz en un libro, pues no vemos por qué lo que es para la *radio* no ha de ser también para la imprenta.

La presente trilogía nos ofrece una explicación del Credo, breve y concisa—dada su finalidad de abordar en poco tiempo un grave problema o un subido dogma que no sufre excesivas desmembraciones—, pero al mismo tiempo sólida y profunda. La competencia teológica del autor se afirma en todas sus páginas, y brilla en toda su exposición por la solidez, precisión y seguridad con que trata los puntos más difíciles del dogma. Unas veces se remonta el autor por las alturas de aquél, en audaces especulaciones teológicas; otras, desciende a la realidad de todos los días, y apunta con índice acusador las deficiencias y crisis de la vida moderna; siempre en un lenguaje salpicado de imágenes rápidas y brillantes, en el que se siente palpar una vibración de vida y color. Esto es sin duda lo que ha movido a tantos radioyentes a pedir que sean impresas esas conferencias radiadas, para renovar sus luces y emociones al cálido contacto de una nueva lectura.

Pero no sólo tienen este valor recordatorio. En su brevedad y pequeñas dosis juzgamos muy oportunas para despertar, por su tono elevado e insinuante, las ansias del espíritu a mentes pensadoras, más o menos atejadas de estas verdades o tristemente disipadas.

F. I.

JOSÉ LUIS DÍEZ, S. I.—*Manual de Sistemas y Errores Sociales.*—3.^a edición. Biblioteca "Fomento social". Delegación de Andalucía.

La ágil y fecunda pluma de J. L. D. nos ofrece este nuevo volumen sociológico en su tercera edición. Este dato por sí solo dice más en favor del libro que cuanto podamos nosotros decir. En él pasa el autor revista a los errores sociales fundamentales, haciéndolos girar alrededor del concepto de propiedad privada, "eje verdadero de la sociedad". Según esta idea central, se van agrupando los capítulos con abundancia de datos, copiosa y notable competencia. A quien esto olvidare le parecerá el libro poco didáctico y falto de sistematización, al ir topando con cuestiones diversas relacionadas aquí y allá con las ventajas o inconvenientes de los referidos sistemas.

Con miras a una nueva edición, nos permitiremos observar que en la refutación del bolchevismo sería de desear se tengan en cuenta datos más recientes, sobre todo de los planes quinquenales, que harían variar algún tanto el punto de vista de la misma. El autor se siente ferviente

admirador del corporativismo, cuya naturaleza y constitutivos hubiéramos querido ver detalladamente expuestos. Le parece la solución más completa, aceptable y conforme con las Encíclicas pontificias. Pero, ¿es en realidad el vínculo de la profesión tan fuerte que sólo él sea capaz de tender ese puente entre las dos clases, distanciadas por un río de prejuicios y de odios? Creemos sinceramente que no.

F. I.

JESÚS SIMÓN, S. J.—*El hombre*.—Estudios científico-apologéticos sobre su origen, antigüedad, naturaleza, destino. 239 págs. Editorial Lumen, Barcelona.

Hace un año (vol. XVII, págs. 263) presentamos la obra del mismo autor *A Dios por la Ciencia*, que tan apreciada ha sido por el público. Al año, a pesar de las dificultades de papel y de las muchas obras que esperaban en la Editorial, apareció la segunda edición. Y ahora nos ofrece el autor su nueva obra *El hombre*. Cuanto allí dijimos repetimos hoy. El tema, claramente expuesto en el título, está tratado con la misma amenidad, humorismo y erudición, por lo cual le auguramos y deseamos igual éxito. Será muy útil para sacerdotes y lectores de cultura media que desean confirmar su fe y tener ideas claras acerca de su origen. Presenta una novedad respecto a la primera obra. Nos referimos a sus cuatro últimos capítulos, que por estudiar el alma, su existencia y propiedades son netamente filosóficos. La presentación, tan atractiva como la de todas las obras de la Editorial Lumen.

F. LATOR, S. J.

Episcopologio calagurritano.—Logroño, 1944.

Con excesiva modestia se nos presenta esta obrita anónima, pero cuyo autor, si no andamos muy equivocados, es el Sr. Rector del Seminario de Logroño, D. Fernando Bujanda, buen conocedor del Archivo catedral calagurritano y de sus documentos. Este Episcopologio, que comprende todos los Obispos y administradores apostólicos de Calahorra, con breves noticias biográficas, desde el año 1045 hasta el actual, supone una labor meritísima, bien fundada en los mejores documentos, como Cartularios y otras fuentes. Únicamente desearíamos que esas fuentes se señalasea de una manera completa y precisa en una introducción, donde también se diese cuenta de los anteriores Episcopologios calagurritanos, u Obituarios, manuscritos o impresos, y se hiciese constar su conformidad o disconformidad con los datos de Gams y Eubel. Aun sin esto, la obra será utilísima para los historiadores. Adórnanla doce fotografías de las joyas más artísticas de la Catedral.

R. V.

ESTEBAN DE ARTEAGA.—I. *Lettere musico-filologiche*. II. *Del ritmo sonoro e del ritmo muto nella musica degli antichi*.—Primera edición y estudio preliminar, por el P. Miguel Batllori, S. I. (Madrid, 1944) "Consejo Superior de Investigaciones Científicas".

La copiosa labor literaria del eruditísimo P. Batllori se ha enriquecido con esta nueva obra, que aporta más y más datos para conocer la

curiosa y relevante personalidad de Arteaga. A la vez tenemos que agradecerle la publicación de nuevos e interesantes opúsculos arteagueños, hasta ahora inéditos, a saber: las *Cartas músico-filológicas* y las *Disertaciones sobre el ritmo sonoro y el ritmo mudo en la música de los antiguos*. La primera Carta—y única que se conserva—contiene la declaración de varios oscuros términos musicales, que se hallan en la Poética de Aristóteles, como Armonía, Ritmo, Metro, Melos, Melodía, Meloepa. Las otras Cartas anunciadas sobre investigaciones en torno a la naturaleza del canto dramático de los antiguos, y a la música que los griegos decían *hipocrítica*, acaso no llegó a escribirlas. Tampoco las Disertaciones han llegado todas hasta nosotros. Debían ser ocho, pero la segunda, quinta y séptima, o no las escribió o por lo menos no se conservan. Versa la primera sobre la naturaleza, propiedad y divisiones del ritmo antiguo: la tercera, sobre las notas crónicas, o sea, sobre el modo cómo los antiguos señalaban la medida; trata la cuarta de las vicisitudes históricas del ritmo antiguo; la séptima, de la energía y fuerza del antiguo ritmo en parangón con el moderno; la octava, del ritmo mudo visible e invisible. Bien dice Batllori que “si en muchos puntos han sido superadas por la crítica musical y filológica del siglo pasado y del actual, conservan todavía un muy vivo interés, por ser una bella muestra del más selecto espíritu crítico de la España setecentista”.

Ahora podemos conocer mucho mejor a nuestro Esteban de Arteaga, a aquel—en frase de Luengo—“filosofillo español... que adquirió en Italia algún nombre de escritor de buen gusto y que en Roma hacía alguna figurilla”, que murió “en la corte de París..., en el centro mismo de la filosofía”, y que “dejó escritas algunas obrillas filosóficas que después algún francés hará suyas”.

La exquisita sensibilidad del P. Batllori se irrita ante el genio adusto, regañón, reaccionario, del viejo P. Luengo, que desconfía de la juventud y mira con desprecio a los escritorzuolos audaces, como Arteaga, que no siguen el cauce de la comunidad y de la tradición. A la crítica—cierto, algo pedante—del viejo diarista, curiosón enorme, ávido siempre de noticias para placer y provecho nuestro, aunque críticón meticuloso, suele responder Batllori con unas inofensivas gotas de humorismo. No son picantes, porque en ellas se refleja una sonrisa. Pero, ¡P. Batllori! ¿por qué no se reconcilia con el bueno de Luengo? Yo se lo pido y hasta le suplico que, continuando sus estudios sobre los jesuitas literatos desterrados en Italia, nos dé un trabajo erudito y bello, de los que usted sabe hacer, tomando por argumento la personalidad de Luengo, su formación religiosa y literaria, Luengo y la historia jesuítica, Luengo y la crónica dieciochesca. Se lo ruego, invocando el monumental Diario que durante tantos años fué redactando, día por día, arsenal de noticias interesantísimas y aun de descripciones preciosas, que aquí y allí va esparciendo, como esta caracterización de nuestro Arteaga: “Su manera de pensar—dice—, con cierto aire de heroísmo y grandeza, aun sobre las cosas menudas: su tono decisivo, magistral y a guisa de oráculo en las conversaciones familiares, y su erudición sobre el común de los que se llaman eruditos, con alguna sutileza en el discurrir y una explicación viva y sentenciosa en el explicarse, le dan un lugar muy distinguido entre la gente instruída del país, y eran causa de que se le oyese con estimación y aun con respeto”. De este y otros pasajes se collige que Luengo no miraba con tan malos ojos a Arteaga, como a veces se cree; y lo mismo diría yo de Batllori respecto de Luengo, a juzgar por la sonrisa benévola que se le trasluce y por la frecuencia con que acude a él

pidiéndole noticias. ¿No redundaba también en honra de Luengo la condenación que hace—coincidiendo con Arteaga—de los típicos eunucos, y el concepto que expresa—siglo y medio antes que Pío X—de la música eclesiástica? “Costumbre mala y reprehensible, aunque no hubiera otra razón que el peligro de la música de los templos, que debe ser siempre grave, seria y devota, se haga, como sucede todos los días en este país, indecente, profana, teatral y verdaderamente escandalosa.”

Es lástima que Batllori no nos ofrezca el otro libro musicológico de Arteaga, *Le Rivoluzioni del teatro musicale italiano dalla sua origine fino al presente*, ya que no en su texto original o en traducción completa, por su mucha extensión (aunque sería nueva en castellano), al menos en versión abreviada, como se hizo en Francia y en Alemania. Nos da en cambio una síntesis de su ideario musical, así como nos describe su preparación musicológica, sus amistades y polémicas, sus éxitos y honores.

Digno de notarse es el ideal dramático de Arteaga, que según Menéndez Pelayo y Batllori, es un prelude teórico de lo que realizaría R. Wágner. Dice Arteaga: “Un sistema drammático, almeno come lo concepisco, appoggiato sull'esatta relazione de movimenti dell'animo cogli accenti della parola o del linguaggio, di questi colla melodia musicale, e di tutti colla poesia, richiederebbe, riuniti in un suo uomo, i talenti d'un filosofo come Locke, d'un grammatico come Du Marsais, d'un musico come Hendel o Pergolesi, e d'un poeta come Metastasio” (*Le Rivoluzioni*, pp. 26-27). Esta síntesis de todas las artes, incluso del ballet, la iniciaron los jesuitas, con fines educacionales, en su teatro escolar, donde quizás, inconscientemente, la aprendería Arteaga.

Esta edición esmeradísima de dos nuevas obras arteagueñas sirve para realzar más y más la ya descollante figura de aquel pseudoabate y pseudojesuita español, italianizado y secularizado, al mismo tiempo que para consolidar la fama de historiador y fino crítico del P. Miguel Batllori, S. J.

R. VILLOSLADA